

¡Ay! no tienen los ángeles memoria
de tanta angustia y de tan hondos gritos,
desde el día en que Dios reinó en su gloria
en medio de vacíos infinitos.

Los espíritus, juntos ó apartados,
van volando uno á uno y ciento á ciento
cual las briznas de hierba de los prados
que se lleva una ráfaga de viento.

Entre la turba, al parecer maldita,
Paz una sombra á distinguir alcanza,
y—¡Es él! ¡es él!—entusiasmada grita,
abriendo el corazón á una esperanza.

Y en seguida la madre y el hermano
con vista aguda y con atento oído,
lograron ver y oír á Palaciano,
de un rebaño de espíritus seguido;

pues del astro á los últimos reflejos
corrió á guiar las almas lastimeras,
como un hada que acude desde lejos,
buscando á sus errantes compañeras.

JORNADA SEXTA

ESCENA XXXI

EL PECADO DE LA IMPUREZA

(PRIMERA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un sol putrefacto*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—EL PRÍNCIPE SIN NOMBRE

ARGUMENTO.—Llegando Paz y Honorio á otro de los astros donde se purifican las almas que mueren en pecado, encuentran el lugar donde se purga el pecado de la impureza. Entre los seductores hallan un hombre perseguido por una bacante: le pregunta Honorio quién es, y le contesta que fué un príncipe, que, prendado de los ojos de una religiosa, la requirió de amores, y ella hizo el sacrificio de sacárselos, regalándoselos en un plato para escarmiento de sus malos deseos.

Honorio y Paz, ajenos de reposo,
sumidos en mortal melancolía,
llegaron á un lugar caliginoso,
donde el demonio blasfemó algún día.

Y en el rincón del éter más impuro,
su inquietud aumentando y sus pesares,
un astro vieron de color obscuro,
del cielo entre los rojos luminares.

Cuando al planeta á su pesar llegaron,
venciendo su pudor y casi á obscuras,
con asco, Honorio y Paz, el suelo hollaron
del astro de las fáciles ternuras.

De aquel lugar la calma y el contento
los desterró el placer: ¡tierra maldita,
donde húmedo y letal esparce el viento
cierto fétido olor de flor marchita!

Pisando siempre el limo de los ríos,
se abren paso al andar con pies y manos,
por bosques de hongos fétidos y umbríos,
en un suelo de charcas y pantanos.

Cegándolos, recorren á bandadas,
la atmósfera y las aguas corrompidas,
mariposas negruzcas y pesadas,
del hedor y la fiebre hijas queridas.

Nacen del cieno, cual los hongos crecen,
una especie de sátiros lascivos,
que, más bien que unos sátiros, parecen
reptiles de oceanos primitivos.

Con el ansia del vicio sin donaire,
el gusto hasta el hastío provocando,
se ciernen los amores en el aire,
sus ardientes antorchas agitando.

Amores que, en su lúbrica torpeza,
dan grima al noble amor; raza sin nombre,
que junta la malicia á la impureza,
mezcla de mono, de reptil y de hombre.

Con escándalo inquietos, repugnantes,
los sátiros, á monos parecidos,
y mezclados con ellos las bacantes,
sucios monstruos de géneros perdidos

persiguen á Tenorios, que sintiendo
una dicha sensual pero funesta,
gozaron sin virtud, no conociendo
del puro amor la privación honesta.

Y huyen ante ellos en tropel inmundo;
pues seres ya para el placer perdidos,
furiosos agotaron en el mundo
el placer sin amor de los sentidos.

Paz con vergüenza, Honorio pesaroso,
en un juncal que, á la siniestra mano,
crece al borde de un río cenagoso,
que se pierde sumido en un pantano,

ven que á un hombre, con cínica sonrisa,
siguiendo más impúdica que amante,
deja colgar al soplo de la brisa
su trenza desgrefñada una bacante.

Debajo de su lúbrica mirada
y en torno de su boca centellea
la expresión fatigosa y fatigada
del ansia vil, que desear desea.

Descalzo el pie, los hombros escotados
ni siquiera ocultaba, desceñida,
bajo el cuello procaz, los mal velados
misteriosos santuarios de la vida.

Llevando, como Venus, la bacante,
la victoria del vicio en la cintura,
mostraba al hombre en su voraz semblante
la contorsión de la sonrisa impura.

Y al joven que implacable perseguía,
con brazos por la fiebre descarnados,
en un plato de barro le ofrecía
unos ojos vidriosos y apagados.

Y—¡Toma!—nauseabunda susurraba,
como silba el reptil húmedo y frío,
y el joven escuchándola exclamaba:
—¡Qué odioso, santo Dios, es el hastío!—

EL PRÍNCIPE SIN NOMBRE

Detuvo al hombre, hasta el furor hastiado,
Honorio, preguntándole:—¿Quién eres?—
—Un hombre, contestó, que, desdichado,
sólo amó la mujer, en las mujeres.

»Gran príncipe nací, y aunque comienza
mi vida en cuna real, he sido un hombre
que, acaso por desprecio ó por vergüenza,
ha olvidado la historia hasta mi nombre.

»A sor Clara una vez en su convento
la requerí de amor, con un cinismo,
que en tan santo lugar y en tal momento,
lo audaz deshonoraría al crimen mismo.

»—¿No adivináis mi amor en mi mirada?—
murmuré irreverente á sus oídos.
¡Oh juventud por el placer cegada,
que no piensa en más Dios que los sentidos!

»—¿Qué os gusta en mí?—me preguntó gimiendo.
—Vuestros ojos—la dije tristemente.
—¡Mis pobres ojos!—exclamó, volviendo
al cielo con dolor su limpia frente.

»Y de su celda hacia la puerta andando,
—Mi respuesta aguardad,—serena dijo;
y en el quicio apoyada, entró besando,
con la fe de una santa, un crucifijo.

»Al pensar ¡oh miseria de la vida!
en su talle gentil, su rostro bello,
la respuesta aguardando prometida,
hasta se hinchaba de placer mi cuello.

Al umbral de la puerta, á poco rato,
destrozadas las órbitas se asoma,
y sus ojos me ofrece en este plato
con tranquilo ademán, diciendo:—¡Toma!—

»¡Horror! Cruzaron por el pecho mío
la sangre al ver de tan atroz presente,
una llama primero y luego un frío,
que hasta heló de mis lágrimas la fuente.

»—Toma,—añadió,—que mi presente pueda
á tu pecho sin fe volver la calma;
y aunque ves que mi faz sin ojos queda,
para mirar á Dios me basta el alma.—

»Me echó el plato y partió. De espanto yerto,
yo en tanto miro el don que, abominable,
dejó en mi sangre para siempre muerto
el torbellino del amor culpable.»—

La bacante después, siguiendo al hombre,
tiende al correr su desgrefñada trenza;
y grita, huyendo, el Príncipe sin nombre:
—¡Maldición en la dicha que avergüenza!—

ESCENA XXXII

EL PECADO DE LA IMPUREZA

(SEGUNDA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un sol putrefacto*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—GERMÁN DE OSORIO.—LEANDRA DE ZÚNIGA

ARGUMENTO.—Se encuentra un grupo guiado por Semíramis.—Conoce Paz á Germán de Osorio y á su prima la condesa del Pinar, cuenta Germán cómo fué su muerte, y Honorio, que la presencié convertido en águila, concluye la historia. Les anuncia una bacante la llegada de Leandra de Zúñiga, la cual revela á Paz la historia de su pasión.

En el mismo planeta, el mismo día,
Paz y Honorio pisaban con espanto
una tierra animal, que parecía
polvo de muertos amasado en llanto.

Llegando á cierto valle del dominio
de esta inmunda Pentápolis de cieno,
donde corren, sembrando el exterminio,
aires tibios cargados de veneno,

ven llegar una turba, que, impudente,
se digna presidir, yendo delante,
Semíramis, la reina del Oriente,
mala esposa, vil madre y torpe amante.

¡Grupo infernal! El fuego que os acosa,
¡cuán horrible placer el crimen presta!
¡Mal haya esa pasión, plaga horrorosa,
que el santo hogar de la familia infesta!

¡Oh amor, sólo posible cuando el hombre
ve su razón de un vértigo atacada!
¡Antes que inmundo pronunciar su nombre,
quede mi lengua al paladar pegada!

GERMÁN DE OSORIO

Mirando que, con aire lastimoso,
sobre un hombre reclina su cabeza
una mujer, que ha sido por su esposo
castigada en un día de flaqueza,

—¡Qué cuadro!—exclama Paz.—¡Su prima hermana
de Germán sobre el pecho se reclina!
¡Maldita sea una pasión tirana,
que así implacable el corazón domina!

—¡Muy triste ha sido y es—les dice Honorio—
allí y aquí, vuestra ignorada suerte!
¡Condesa del Pinar! ¡Germán de Osorio!
¡Cuán bueno es Dios en conceder la muerte!

—¡Ya veis qué horriblemente ha castigado
—le contestó Germán—nuestros amores,
el ser que del infierno ha desertado,
si es que tiene el infierno desertores!

»El día que en el bosque alegremente,
del brazo de esta pobre compañera,
buscábamos los dos, junto á una fuente,
un sitio de una eterna primavera,

»al final de una senda conocida,
hollando nuestros pies cierta espesura,
una trampa de lobos, escondida,
á los dos nos cogió por la cintura.

»De este modo tan vil tomó venganza
de su esposa y de mí, su innoble esposo.
¡Es atroz cuando al crimen se abalanza,
el corazón de un hombre poderoso!

»Para romper la trampa maldecida
hacíamos los dos esfuerzos vanos,
forcejeando, aun á costa de la vida,
con los pies, con los dientes y las manos.

»Como de ella el amor era infinito,
por mí tranquila su dolor sufría,
mientras, oculto aún, nuestro delito
la sombra, hermana del pudor, cubría.

»Mas cuando ya ante el sol, desde el Oriente,
la brisa matinal á andar comienza,
temiendo ver la luz, baja la frente,
prefiriendo la muerte á la vergüenza.

»Recordando después á aquel marido
de ojos de lobo y barbas encarnadas;
—¿Por qué—me preguntó—no habrá querido
partirme el corazón á puñaladas?—

»Y hablándome tan cerca, que sentía
de sus labios de rosa el movimiento,
pensando en él, inquieta me decía:
—¿Desde dónde verá nuestro tormento?—

»Moviendo en torno y con viveza rara
los ojos hacia un lado y otro lado,
mientras que piensa en él, se ve en su cara
del más vivo pudor el encarnado.

»Y después, abrumada de tristeza,
sobre mi pecho con furioso anhelo
inclinó, para ahogarse, la cabeza,
ya fría como un témpano de hielo.

»Y se apretó á mi pecho de tal suerte,
que el tumulto la ahogó de sus gemidos.
¡Pobre avecilla, que buscó la muerte
suspendiendo la acción de sus sentidos!

»Por ver si activo su prisión quebranta,
vuelve á luchar mi cuerpo, y forcejea,
y se encorva, y se baja, y se levanta,
y se dobla, y se estira, y se cimbreo.

»Mas, aherrojado allí, frente á la amante,
me vió la aurora del tercero día:
¡si fuera el corazón de oro ó diamante,
con tanto padecer, reventaría!

»¡Los buitres ya aquel día acompañaban
mis horas solitarias y febriles,
y á roer nuestros pies se incorporaban,
del seno de la tierra, los reptiles!

»Con altivo ademán, después, llegando
un águila feroz desde el desierto,
espantaba los buitres, esperando
mi cuerpo devorar después de muerto.»—

Calló Germán, y á Paz tímidamente,
—Esa águila era yo—le dijo Honorio.
Y á alzar volviendo la abatida frente,
su historia siguió así Germán de Osorio.

—¡Cuántas veces mis lágrimas secaba,
llorando por mi triste compañera,
en la toca de encaje que guardaba
su abundante y sedosa cabellera!

»Y ¡cuántas con más miedo que despecho,
vi al águila cruzar el aire vano,
cual ve el ave, los hijos bajo el pecho,
cerniéndose en los aires el milano!

»Causándome, por fin, un hambre horrible
el fruto que pendía en cada rama,
y aumentando mi sed inextinguible
los murmullos del río entre la grama,

»cada vez más y más desesperado,
de cuanto allí miraba y cuanto oía,
muerto de sed, del hambre devorado,
el tormento de Tántalo sufría.

»Al cuarto día, cuando el sol se alzaba,
alumbrando el horror de mi martirio,
ya el bosque todo para mí brillaba
con esa mate palidez del lirio.

»Al fin, ¡qué horror! me asalta furibundo,
viendo carne á mi boca tan unida,
ese deseo indómito del mundo,
que quiere, terco, recobrar la vida;

»y ¡tanto, tanto mi ansiedad provoca,
que abrí los labios y hasta hiqué los dientes...!»—
Y al salir estas frases de su boca,
caían de sus ojos dos torrentes.

—Mas, por suerte,—siguió— cuando pensaba
mi existencia alargar, ya en torno mío
el hedor del cadáver derramaba
un germen de terror, de odio y de hastío.

»¡Era tanta mi furia, que comiera,
maldiciendo á la vez, su carne pura,
si yo comer y maldecir pudiera
á quien debo mis horas de ventura!

»Lucía el sol, los pájaros cantaban,
y en tanto que, aumentando mis dolores,
las palomas torcaces se arrullaban,
y entonaban su amor los ruiséñores,

»me trajeron, por fin, con mano amiga,
la ventura del último tormento,
la sed, el hambre, el sueño, la fatiga,
la fiebre, el deshonor y el desaliento.

»Y me hizo recordar una campana,
sus vagas hondas al vibrar sonoras,
que mi madre, cual siempre, con mi hermana,
me esperaban rezando á aquellas horas.

»Y como ésta, al morir, cubrió aquel día
mi pecho fiel con su cabeza amante,
yo, cariñoso, al inclinar la mía,
su cabeza cubrí con mi semblante!»—

Acabando Germán con un gemido
la historia de sus grandes amarguras,
le dijo aquel para quien siempre han sido
las muertés unas vidas de aventuras:

—Oye el fin de ese amor que vais llorando:
el águila que crees que del desierto
vino á espantar los buitres, esperando
tu cuerpo devorar después de muerto,

»pudo evitar, con su ademán altivo,
que de los buitres las feroces sañas
te devorasen, aherrojado y vivo,
cual nuevo Prometeo, las entrañas.

»Pero evitar no pudo que aquel día,
por la carne atraídos y exaltados,
los lobos en voraz carnicería,
dejasen vuestros huesos descarnados.

»Mas no quedó de vuestro amor ni seña,
pues sin duda del Conde los sabuesos,
por el honor velando de su dueña,
dieron cuenta después de vuestros huesos.

»¡Y adiós!—concluye, al alejarse, Honorio.—
¡Dichoso aquel que amó y ha sido amado;
pues, aun sufriendo así, Germán de Osorio,
nunca el que ama es del todo desdichado!»—

Heraldo de deshonor, y de ira ciega,
grita después, corriendo, una bacante:
—En cierto lecho, esa mujer que llega,
entró una noche madre, y salió amante.—

Y detrás unos sátiros, que aullando,
con el rostro procaz, de barro lleno,
se aparecen de pronto, cual brotando
de chozas fabricadas bajo el cieno,

á una mujer con manto, ajada y bella,
fatigan, persiguiéndola lascivos,
y ofenden su pudor en torno de ella
con besos figurados y expresivos.

Tocan al manto á veces, y ella, altiva,
cuando alguno sus orlas profanaba,
de la fuerza del asco, convulsiva,
el manto de sus manos arrancaba.

Y al ver que su dolor mira piadosa,
se acerca á Paz, diciendo:—Oye mi nombre;—
y viendo á Honorio, añade pudorosa:
—Mas ven; no me oiga, por piedad, ese hombre.

LEANDRA DE ZÚÑIGA

—Fuí madre, y digna de ventura tanta,
viuda guardé con religioso celo
mi castidad, virginidad más santa
que la primera castidad del cielo.

»Lisena, mi doncella, al hijo mío
amó sin fe con la adhesión que afrenta;
yo, mirando en Lisena amor tan frío,
sentía una inquietud calenturienta.

»Por dinero, su amor y hasta su lecho,
dió de Lisena el corazón liviano
á la mujer que acumuló en su pecho
la llama toda del amor humano.

»¡Ay! Una noche, de razón ajena,
al hijo de mi amor, que yo adoraba,
otra mujer más torpe que Lisena,
de acuerdo con Lisena, le aguardaba.»—

Y aquí Leandra balbuceó, y nombrando
la noche... el lecho... su demencia... el hijo...
poco á poco su voz debilitando,
fué á decir no sé qué, mas no lo dijo.

Y al ver Paz que, aturdida y casi loca,
ni ideas para hablar, ni frases halla,
con la mano tapándole la boca,
mirando á Honorio, la decía:—¡Calla!

—¡Sumida en el dolor, muerta de espanto—
Leandra murmurando proseguía,—
envuelta entre los pliegues de este manto,
no he vuelto á ver la luz desde aquel día!—

Dijo, y huyó: los sátiros aullando
la siguen en su rápida carrera,
y en torno de ella impuros circulando,
—¡Que muera!—gritan con furor—¡que muera!—

Y lapidarla, al fin, quisieron viles;
mas, como Dios es grande y siempre bueno,
por más que las buscaron cual reptiles,
ni una piedra encontraron entre el cieno.

Y al verlos dijo Paz:—Contempla, Honorio,
¡cómo Dios, en su gracia inagotable,
no trajo ni una piedra al purgatorio
para arrojar á la mujer culpable!—

ESCENA XXXIII

EL PECADO DE LA IMPUREZA

(TERCERA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un sol putrefacto*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—PAULA MEJÍA

ARGUMENTO.—Hallan á las Faustinas, á Julia, á Lucrecia Borgia y á Juana de Nápoles. Pregunta Honorio su nombre á Paula Mejía, á ésta le cuenta que, sorprendida un día, el marido obligó al amante á que pagase sus favores con un escudo, el cual, después de horadado, le colgó su marido al cuello.

Andando con pavor y sentimiento
por sitios sin color, de luz escasos,
de una tierra arcillosa el pavimento
el ruido amortiguaba de sus pasos.

No cruza ser alguno, sin que enferme,
de sus marismas la región desierta;
y el triste que en sus páramos se duerme,
con la fiebre en las venas se despierta.

Y al llegar á la pútrida hondonada
de una rambla arenisca y pantanosa,
donde crecen la palma enamorada
y la adelfa risueña y alevosa,

hallan mujeres de ojos centellantes,
bocas grandes y espesas cabelleras,
con labios rojos, gruesos, palpitantes,
altas de pechos y anchas de caderas;

y ven que allí, donde purgar se siente
del satisfecho amor la horrible plaga,
corre impregnado el bochornoso ambiente
de un cierto olor de almizcle, que empalaga.

La boca sin carmín, cárdeno el cuello,
marchando las impuras Faústinas,
los rostros enlodados, y el cabello
cual monstruos de cavernas submarinas,

mueven aún, con presunción de hermosas,
los ojos ya apagados y sombríos,
y al verlas todavía deseosas,
en vez de ardor, se sienten calofríos.

De Julia, hija de Augusto, se presenta,
de fango llena, la imperial figura;
si hoy triste, descarnada y macilenta,
radiante en otro tiempo de hermosura.

Pensando en el pasado, aun bebe ansiosa
el dejo de sus lúbricos amores,
porque es sólo una planta venenosa,
cuando ha dado el placer todas sus flores.

Tras de ese amor, que en el placer empieza,
y acaba en el desprecio y el hastío,
no faltó á su vejez ni una bajeza,
ni hambre, ni sed, ni desnudez, ni frío.

Aunque á muchos después, por el semblante,
Paz y Honorio, pasando, conocían,
de ofrecerles el bálsamo irritante
de consuelos vulgares se abstenían.

Vil como ella, á la Borgia sanguinaria
la muerte le infiltraba en el aliento,
invisible Locusta, una malaria,
que el veneno esparcía por el viento.

Del grupo de unos sátiros furiosos
huye Juana de Nápoles, hastiada...
No vi jamás en ojos más hermosos,
más audaz ni más firme una mirada.

Desconsolada Paz, y triste Honorio,
llorando á solas ven una belleza
en el sitio peor de un territorio
donde reinan la fiebre y la tristeza.

Y—¿Quién eres?—preguntan á la dama,
que en el lugar del astro más obscuro
brillaba, cual la flor sobre una rama
que ha tocado, al pasar, un aire impuro.